

REFLEXIÓN DEL COORDINADOR





La presencia en
el aula de este
fructífero

Reflexiones desde la ventana de la Coordinación

Lo primero que hago al entrar en la oficina de la Coordinación es levantar las cortinas del amplio ventanal para mirar el horizonte. Así me lleno de aire nuevo cada mañana. Suelo toparme con alguna inquieta ardilla o un pájaro saltarín, a quienes sorprende habitando su acogedora casa: el enorme pino ubicado en el jardín adyacente al edificio de la Facultad. Alcanzo también a ver hasta la entrada principal de la universidad y acompaño por un momento el agitado paso de quienes ingresan temprano al campus.

Ese enorme pino que me recibe en el matutino rito de iluminar la oficina es generoso en sus ramas, metáfora de esta Facultad que cumple ya veinte años y de esta Especialidad de Comunicación para el Desarrollo que forma parte de ella desde sus orígenes. Arraigados en la vida del campus hemos sabido extender y prolongar nuestras ramas. Hemos construido lazos con personas, colectivos e instituciones en una diversidad de ambientes y realidades que forman parte de lo que somos como institución formadora de profesionales de la comunicación. Los viajes en los cursos de diagnóstico o evaluación de la comunicación, los contactos interpersonales, las innumerables salidas al campo, las prácticas pre profesionales, y nuestras incursiones en mundos distintos dentro y fuera de nuestra ciudad son solo algunas ocasiones que nos permiten apreciar esta extensión tan valorada. A ello podemos sumar el diálogo con quienes son invitados a compartir en un panel temático o a participar en un seminario representando instituciones. Lo mismo sucede al escuchar el relato de los trabajos emprendidos por una egresada o un egresado y leer con detenimiento algunas de sus hojas de vida. Porque son eso, hojas de vida livianas y voladoras.

Los viajes ocupan un lugar relevante en nuestro proceso formativo. Nos permiten ir al encuentro de los *otros*, participar en una reunión de trabajo con actores de la vida local, adecuándonos a otros ritmos de vida y maneras de organizar el tiempo. Buscamos comprender aquello que nos interesa tal como lo comprenden y expresan quienes a diario lo viven. En esos encuentros damos cuenta de lo que somos y queremos aportar. Nos sorprendemos y permitimos que ingresen otras preguntas a nuestras aulas. Entramos así en otras agendas y prioridades. Valoramos a la vez las oportunidades y recursos de los que disponemos, y ponderamos las exigencias éticas para nuestra carrera.

Esos *otros* pueden estar muy cerca de nosotros y los percibimos lejanos. O estar geográficamente lejanos pero

con una cercanía que nos conquista. Lo importante es darles rostro, retener sus nombres, sostener sus miradas, quedarnos con las expresiones que mejor condensan lo que son y lo que les preocupa. El carácter de lo comunicacional es relacional, aún más para el caso de nuestra especialidad porque se construye en referencia a personas y colectivos muy concretos.

La Coordinación es como una ventana que nos exige y permite sostener a la vez una atención a lo cercano, a lo que es más próximo en la vida universitaria, a los alumnos y docentes a lo largo de los cursos, talleres, prácticas, seminarios y conferencias. Significa también la posibilidad de mirar más allá de los muros del campus, estar atentos a lo que acontece y dejarnos impactar por lo que nos interpela desde nuestro exigente país. Nos hace mucho bien situarnos desde otras realidades de personas,

“Buscamos comprender aquello que nos interesa tal como lo comprenden y expresan quienes a diario lo viven.”

colectivos e instituciones para asumir desde sus necesidades el encargo académico que nos corresponde aportar como carrera. Solo así comprendemos el sentido de nuestro quehacer académico: la comunicación para el cambio, la transformación, la promoción, la dignificación.

Quienes me antecieron en este encargo y mis colegas de las otras coordinaciones coincidirán en que nuestra ocupación cotidiana muchas veces se despliega en un conjunto diverso de menudas atenciones a múltiples requerimientos. Cada uno de ellos tiene su particular importancia. Nos remite a una persona o institución y demanda su comprensión y tiempo. Ya sea a través de la atención presencial o mediada, la oficina de la coordinación es un lugar de escucha, forjadora de vínculos, prestadora de servicios. Ahí radica la importancia de cuidar los espacios para *pensar la Facultad* o *pensar la Especialidad*, como solemos expresarlo. Por lo tanto hay que aprender a ocuparse de lo cotidiano y próximo, pero también a tomar distancia y reservarse momentos para mirar con perspectiva.



Ayudan para este propósito los encuentros con los alumnos, en especial con los delegados de la Especialidad. Además la atención detenida a los docentes que llegan hasta nosotros o a quienes convocamos y las conversaciones informales cuando nos encontramos en aulas y pasillos enriquecen esta labor. Particularmente me es muy valioso y gratificante participar en la presentación final de los productos del curso ‘Proyectos de Comunicación para el Desarrollo’. Del mismo modo la participación en las instancias más formales de reunión con la decana, el secretario académico, el pro secretario y los otros coordinadores al intentar cubrir una agenda que siempre nos desborda. Cuidamos también los espacios de recogimiento reflexivo. Nos alimentamos de la lectura de textos que incrementen nuestro criterio y den fundamento a lo que pretendemos aportar.

En estos años en la Universidad hemos forjado amistad con docentes de otras especialidades con los que siempre es valioso intercambiar y recoger sus puntos de vista y la mirada que tienen sobre nuestra labor. La agenda se llena con facilidad y muchas veces quisiéramos de verdad estar en más de un lugar a la vez acompañando alguna actividad que sabemos fue planificada con seriedad e ilusión por los docentes y los alumnos.

Disfruto en especial compartir impresiones y pensar actividades con mis asistentes. Darle la libertad de *hablar en borrador*, de lanzar propuestas al aire. Son jóvenes practicantes que no dudan en compartir sus miradas desde dentro de lo que se vive en las aulas, entre los trabajos y encargos académicos. Buscan también dar senti-

“Hay que aprender a ocuparse de lo cotidiano y próximo, pero también a tomar distancia y reservarse momentos para mirar con perspectiva.”

do a la profesión que han elegido desde su cotidianidad. Me recuerdan que una de mis tareas más importantes en la Coordinación es escuchar, prestar atención, observar y valorar los afanes y esfuerzos de quienes formamos esta comunidad académica en la Especialidad.

Me preocupo por participar en eventos académicos locales o internacionales que me lleven al encuentro de docentes de otras universidades. Con ellos puedo intercambiar, sentarme a tomar notas, no dejar nunca de ser alumno, acomodarme en la butaca o en la carpeta listo a dejarme llevar con confianza por los criterios y perspectivas teóricas y metodológicas pensadas desde otras realidades. Debo agradecer lo aprendido junto a otros colegas de nuestra Facultad cuando los he escuchado en sus ponencias y presentaciones a lo largo de estos casi veinte años. También lo recibido en los congresos de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de



la Comunicación (ALAIC) como en la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS).

El apoyo secretarial es fundamental. Son ayudas especializadas que aclaran dudas y me recuerdan las rutas administrativas y académicas correspondientes. Ya mis asistentes conocen la frase cuando retorno a la oficina después de realizar una consulta o luego de colgar el teléfono y haber recibido una orientación: “Listo, un problema menos en el Perú”.

Pero el encargo es exigente. Por momentos uno se agobia, se cansa, se tensa. Suelo comparar coloquialmente con mis colegas nuestro quehacer con la labor de los cocineros, quienes mantienen encendidas varias horni-

llas a la vez mientras cuidan los tiempos y calidades de cocción en cada una. Los admiro. Por eso, así como uno comienza la jornada levantando la cortina y abriendo la ventana, uno aprende también a cerrarla y tomar distancia para el descanso. A menudo repito mis mantras medicinales para recordarme el importante cuidado personal: “Camine, profesor, camine”, “tome agua, profesor, tome agua”, “no se agobie y, sobre todo, disfrute”. De allí la significación del rito matutino y cotidiano de abrir la ventana de la oficina, contemplar la vida desde el pino compañero y respirar profundo mirando hacia el jardín, la entrada al campus, la calle, el país.